

GONZALO M. QUINTERO SARAVIA

EL ENEMIGO DE MI ENEMIGO

ESPAÑA
EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA
DE LOS ESTADOS UNIDOS
DE NORTEAMÉRICA
(1775-1783)

ALIANZA EDITORIAL

Primera edición: octubre de 2025

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Gonzalo María Quintero Saravia, 2025

© Alianza Editorial, S. A. Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 979-13-7009-089-0

Depósito legal: M. 12.929-2025

Printed in Spain

Una vez más y siempre, para Elisa, Santiago y Salvador.
In memoriam Zarina Saravia Bouquet

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| ABREVIATURAS | 13 |
| ADVERTENCIA PRELIMINAR..... | 15 |
| INTRODUCCIÓN..... | 17 |
| 1. ANTECEDENTES..... | 31 |
| Competencia y conflictos imperiales..... | 31 |
| Las Floridas | 36 |
| La Luisiana..... | 55 |
| Reformas imperiales | 86 |
| 2. REVUELTA Y REVOLUCIÓN EN LAS TRECE COLONIAS (DE ABRIL DE 1775 A ENERO DE 1778) | 93 |
| Los comerciantes | 95 |
| Los espías | 111 |
| Los gobiernos y sus diplomáticos..... | 122 |
| Ayuda española a los revolucionarios norteamericanos..... | 138 |
| 3. FRANCIA EN GUERRA (DE FEBRERO DE 1778 A MAYO DE 1779) | 149 |
| Francia entra en guerra..... | 149 |
| Objetivos franceses en la guerra contra Gran Bretaña | 151 |
| Operaciones francesas contra Gran Bretaña..... | 152 |
| España se prepara para la guerra | 163 |
| Mediación española..... | 165 |
| Incremento de las fuerzas terrestres y navales y reforzamiento de la defensa de los territorios americanos..... | 172 |
| Asegurar la llegada de caudales desde América..... | 176 |

| | | |
|----|---|-----|
| | Permitir el regreso a la Península Ibérica de las fuerzas enviadas a luchar contra Portugal en la Colonia de Sacramento, en el Río de la Plata.. | 179 |
| | España apura la mediación | 182 |
| 4. | ESPAÑA EN GUERRA I (DE JUNIO DE 1779 A MARZO DE 1780) | 197 |
| | La otra Armada | 197 |
| | Bloqueo de Gibraltar | 218 |
| | Campaña de Bernardo de Gálvez en el Misisipi | 237 |
| | La Mobila | 246 |
| | Centroamérica | 254 |
| | Operaciones navales | 260 |
| | Diplomacia | 264 |
| 5. | ESPAÑA EN GUERRA II (DE ABRIL DE 1780 A FEBRERO DE 1782) | 273 |
| | La liga de la neutralidad armada | 273 |
| | Centroamérica, San Juan de Nicaragua | 280 |
| | Gibraltar | 292 |
| | Pensacola | 313 |
| | Campaña de Francia en Norteamérica que culmina en Yorktown | 334 |
| | Nueva providencia | 339 |
| | Operaciones navales | 345 |
| | América | 347 |
| | Asia | 352 |
| | Europa | 356 |
| | Diplomacia | 358 |
| | Holanda entra en guerra | 371 |
| | Menorca | 381 |
| | Preparando el ataque a Jamaica | 400 |
| 6. | ESPAÑA EN GUERRA III (DE MARZO DE 1782 A SEPTIEMBRE DE 1783) | 407 |
| | Gibraltar | 407 |
| | Disolución de la expedición contra Jamaica | 442 |
| | Operaciones navales | 449 |
| | Centroamérica | 459 |
| | Holanda en guerra | 464 |
| | Diplomacia | 467 |
| 7. | FIN DE LA GUERRA | 517 |
| | El coste de la guerra | 518 |
| | Cuestiones pendientes entre los Estados Unidos y España | 535 |
| | Consecuencias | 556 |

| | |
|-----------------------|-----|
| CONCLUSIONES..... | 577 |
| AGRADECIMIENTOS | 589 |
| NOTAS | 595 |
| BIBLIOGRAFÍA..... | 711 |
| ILUSTRACIONES..... | 847 |

ABREVIATURAS

| | |
|----------|--|
| AE | Archivo Ezpeleta, Sevilla. |
| AFM | Archivo Francisco de Miranda, Caracas. |
| AGI | Archivo General de Indias, Sevilla. |
| AGMG | Archivo General Municipal de Guadalajara, Jalisco. |
| AGNM | Archivo General de la Nación de México, México D.F. |
| AGS | Archivo General de Simancas, Simancas. |
| AHM | Archivo Histórico Militar, Madrid. |
| ANF | Archives Nationales de France, Pierrefitte-sur-Seine, París y Fontainebleau. |
| BL | British Library, Londres. |
| BN | Biblioteca Nacional, Madrid. |
| BNF | Bibliothèque Nationale de France, París. |
| BPR | Biblioteca del Palacio Real, Madrid. |
| CAD | Ministère de l'Europe et des Affaires étrangères, Centre des Archives diplomatiques, París-La Courneuve. |
| DRAE | Diccionario de la Real Academia Española. |
| FO | Foreign Office series, Public record Office, Kew, Londres. |
| FOL | Founders Online, National Archives, Washington D.C. |
| LoC | Library of Congress, Washington D.C. |
| ms./mss. | Manuscrito/manuscritos |
| NA | National Archives, Kew, Reino Unido. |
| PRO | Public Record Office (antes British Public Record Office), National Archives, Londres. |

- RLI (1681) Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias: Mandadas imprimir, y publicar por la magestad católica del rey Don Carlos II, nuestro señor. Madrid: Julián de Paredes, 1681.
- RLI (1774) Recopilación de Leyes de los Reinos de las Indias, 3.^a ed. Madrid: Antonio Pérez de Soto, 1774.
- WPA Works Progress Administration by Louisiana State Museum.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Como advertencia preliminar al lector es relevante señalar que el análisis realizado a lo largo del presente libro sobre el papel de España en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica ha sido guiado por una serie de principios que se consideran esenciales.

Primero, ceñirse todo lo posible a la que Marc Bloch consideraba la misión del historiador: observar y explicar, dejando al lector los posibles juicios.

Segundo, intentar evitar al máximo el presentismo, entendido este, de acuerdo con la definición del diccionario de la Real Academia Española, como «la proyección de los valores del presente en el pasado». En palabras de Carmen Sanz Ayán, «cada fenómeno histórico tiene su propia lógica y ha de ser comprendido en su tiempo, en su espacio y con sus condicionantes, y esto es algo imposible de resumir en mensajes extremadamente simples».

Tercero, reflejar la visión de los contemporáneos transcribiendo, siempre que sea posible, sus propias palabras recogidas en documentos de la época con el objetivo de intentar comprender sus ideas y decisiones de acuerdo con la información de la que disponían y nunca basándose en lo que en la actualidad se sabe que pasaría años o décadas después.

Cuarto y último, habida cuenta de que cada generación tiene el derecho, y quizá también la obligación, de escribir su historia de acuerdo con las inquietudes de su momento presente, se ha prestado especial atención a aspectos, grupos o personas no suficientemente tratados por la historiografía tradicional¹.

INTRODUCCIÓN

El nombre que la historia termina poniendo a un conflicto tiene tanto de azar como de propaganda. Para los que viven una guerra, o la vivieron, esta no es ni más ni menos que «la guerra», y solo con el paso del tiempo esta adquiere un nombre para distinguirla de las que vinieron antes y de las que llegaron después. Para complicarlo aún más, no es infrecuente que una misma guerra tenga varios nombres dependiendo de quién se refiera a ella. Solamente en el siglo xvii, hay dos que destacan especialmente por su denominación y que, como se verá más adelante, tuvieron un importante papel como antecedentes de la Guerra de Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica: la Guerra del Asiento o de la Oreja de Jenkins y la Guerra de los Siete Años. Sobre ambas se trata en el capítulo siguiente.

Lo que hoy se conoce como la Guerra de Independencia de los Estados Unidos o Revolución Americana, términos con los que a lo largo de este libro nos referiremos a ella por ser los comúnmente utilizados, fue mucho más de lo que sugieren sus nombres. El nacimiento de los Estados Unidos de Norteamérica fue sin duda la más importante consecuencia histórica a largo plazo de este conflicto, pero en ningún caso la única.

El uso del término «Revolución Americana» es muy revelador. En primer lugar, porque, pese a que los padres fundadores de los Estados Unidos empleasen la palabra «revolución», es cuestionable que tal término pueda aplicarse de manera estricta. La definición de revolución es objeto de un intenso debate en la sociología que supera con mucho el objeto de este es-

tudio, pero que se puede sintetizar en la evolución de las denominadas cuatro generaciones de la «teoría revolucionaria» que se han ido sucediendo desde la década de los años veinte del siglo xx hasta la actualidad. La cuarta generación, representada por Jack A. Goldstone y John Foran, propone un estudio de las revoluciones mediante un análisis que permita incluir la enorme diversidad de las revoluciones como procesos emergentes que surgen de una multiplicidad de causas. Para el caso de la Revolución Americana, la distinción de Jeff Goodwin entre tres tipos de concepto de revolución es especialmente relevante. Para Goodwin, una revolución en sentido extremadamente amplio incluye «cualquier caso de cambio relativamente rápido y significativo, de ahí revolución industrial, la revolución académica, la revolución feminista, la revolución de los ordenadores, etc.». Una revolución en sentido amplio se «refiere a cualquiera y a todos los casos en que un Estado o régimen político es derrocado y, por lo tanto, transformado por un movimiento popular en una manera irregular, extraconstitucional y/o violenta». Por último, una revolución en sentido estricto «requiere no solamente una movilización en masa y un cambio de régimen sino también un cambio más o menos rápido y fundamental en lo social, económico y cultural que tiene lugar durante o poco después de la lucha por el poder estatal». Y es precisamente esta última acepción la que resulta muy discutible aplicar a la Revolución Americana, pues le faltaría el componente de un profundo y radical cambio sociopolítico¹.

En segundo lugar, el adjetivo «americana» también ha de ser manejado con sumo cuidado. Siendo estrictos, la Revolución Americana no fue americana sino, en todo caso, parcialmente norteamericana. Por una parte, porque no hay que olvidar que Norteamérica la integran también Canadá y México y, por otra, porque de las veintiséis colonias que Gran Bretaña tenía en América en 1775, «solo» se rebelaron la mitad, y entre las que permanecieron fieles a la metrópoli estaban las del Caribe, que eran, con mucha diferencia, las más productivas y ricas de todas. Además, hay que señalar que esta denominación es directa heredera de la apropiación del nombre de un continente por parte de un Estado. En los Estados Unidos de Norteamérica, cuando se habla de América, se entiende que se alude siempre a su país. Es más, cuando se habla del continente americano, es del subcontinente norteamericano del que se hace mención, y si de lo que se quiere tratar es del continente americano en su conjunto, se utiliza la expresión «las Américas», en plural. Una apropiación que data de los mismos inicios de los Estados Unidos. El cuerpo legislativo en el que se reunieron las Trece Colonias británicas en Norteamérica tomó el nombre

de Congreso Continental, y las tropas que se pusieron al mando de George Washington eran ni más ni menos que el Ejército Continental.

Es importante dejar sentado ya desde el principio que la Guerra de Independencia de los Estados Unidos no fue más que otro de los varios conflictos entre Francia y Gran Bretaña a lo largo de lo que varios historiadores han considerado una larga confrontación entre ambos países. Una confrontación a la que Jeremy Black ha bautizado como Segunda Guerra de los Cien años y que María del Pilar Ruigómez García enmarca entre 1702 y 1815, y Juan Molina Cortón, entre 1689 y el fin de las guerras napoleónicas. Uno de los objetivos de este libro es precisamente superar esta visión de la Guerra de Independencia de los Estados Unidos o la Revolución Americana centrada en Norteamérica. Norteamérica fue un importante teatro de operaciones, pero hubo otros que en algunos casos fueron tan relevantes como este, o incluso más².

La revuelta que comenzó en Lexington y Concord en 1775 y que en julio de 1776 se convirtió en una revolución se transformaría dos años más tarde en un conflicto de dimensiones atlánticas y globales. Una guerra que enfrentaría a Gran Bretaña no solo con los colonos de sus Trece Colonias norteamericanas, sino también contra Francia, España y Holanda en tres continentes y en varios mares y océanos.

En América, los británicos lucharían contra los franceses en la costa este norteamericana, en varias islas del Caribe y en el mar; contra Holanda conquistarían sus asentamientos de San Eustaquio, Saba y Sint Maarten en el Caribe, y contra España se batirían a lo largo del río Misisipi, en la Luisiana, Alabama y la Florida en Norteamérica, pero también en el Caribe y Guatemala. En Asia, el asedio de Pondicherry y la batalla naval de Cuddalore enfrentaron a británicos y franceses, y a los primeros contra los holandeses en el golfo de Bengala. En Europa, hubo un intento franco-español de invadir Inglaterra, se produjo la reconquista de Menorca por las fuerzas franco-españolas y tuvo lugar el largo sitio de Gibraltar. Este último, por cierto, es la batalla más grande de toda esta guerra «americana».

En la visión tradicional del conflicto, la Guerra de Independencia de los Estados Unidos o la Revolución Americana era estudiada como un caso excepcional dentro de los estrechos márgenes de las Trece Colonias británicas de Norteamérica. No obstante, en las últimas décadas, historiadores de ambos lados del Atlántico han ido construyendo un cuadro más amplio y más matizado que no solo ha contribuido a extender el marco geográfico de estudio, sino que también ha incorporado a grupos sociales y étnicos y temas hasta ahora poco o nada considerados.

Empezando por el ámbito espacial, la historiografía no solo de la Revolución Americana sino de toda la historia temprana de los Estados Unidos ha ido ampliando progresivamente su marco geográfico incorporando regiones anteriormente ignoradas. Primero fue el Oeste norteamericano, gracias a los estudios de Herbert E. Bolton en la década de 1930 sobre las zonas fronterizas españolas (*Spanish Borderlands*), un concepto que ha sido objeto de reconsideración por John Francis Bannon y otros. Mucho más tarde le llegaría el turno al mar Caribe, con Andrew Jackson O'Shaughnessy y su libro *Un imperio dividido: la Revolución Americana y el Caribe británico*. Una perspectiva auténticamente continental que abarca no solo el norte de América sino toda la extensión de «las Américas» fue propuesta ya en 1961 por el historiador mexicano Silvio Zavala y recogida y desarrollada, casi medio siglo más tarde, por autores como Paul W. Mapp, Jeremy Adelman, Stephen Aron o Daniel H. Usner Jr. Un paso más fue el dado por la escuela de la historia atlántica, donde Bernard Baylin, Philip D. Morgan, Jack P. Greene, David Armitage o Cécile Vidal ofrecieron una visión aún más amplia de este océano como un espacio interconectado en el que interactuaban los imperios atlánticos de la época³.

En esta progresiva ampliación del marco espacial hay que mencionar la denominada «escuela de la historia global», que, como su mismo nombre indica, trata de integrar todas las aportaciones anteriores en una visión de conjunto que pretende destacar las profundas interacciones e influencias entre distintas partes del mundo que hasta ahora se han venido estudiando de manera separada e independiente. Dado su enorme campo de estudio, la historia global en su concepción más amplia obliga a un enfoque pluridisciplinar y al trabajo en equipo. No obstante, también se ha aplicado restringiendo el estudio a aspectos concretos: es el caso del libro de Sven Beckert *El imperio del algodón: una historia global*⁴.

Por su parte, la historia comparada, al profundizar en el estudio de instituciones y prácticas de distintos imperios, ha permitido no solo descubrir sus similitudes y diferencias sino también explicar las razones de estas. Dos prestigiosos historiadores han publicado sendas obras de referencia en este campo: Jorge Cañizares-Esguerra, con su *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo: Epistemologías e identidades en el mundo atlántico del siglo XVIII*, y John H. Elliott, con su magistral estudio sobre los imperios británico y español en América. De esta manera, la interacción entre imperios americanos es ahora concebida no solo en términos de cómo uno miraba al otro como referente para su propia expansión —como fue el

caso de la imagen del imperio español como modelo en la mentalidad de los promotores de la expansión británica por el continente americano estudiada por Anthony Padgen—, sino que también cabe hablar de un auténtico «diálogo imperial». Un diálogo que muchas veces tomaba forma de conflicto (en este sentido, concibiendo la guerra como una especie de diálogo a cañonazos), pero que también se traducía en una mutua influencia e incluso cooperación ante amenazas comunes frente a las que los imperios no dudaban en colaborar⁵.

Por último, en lo que se refiere a este marco geográfico en expansión, es preciso referirse al concepto de «historia enredada» (*entangled history*), que ha reforzado la importancia de las interconexiones entre los imperios atlánticos destacando la asimetría de los intercambios y, en consecuencia, poniendo del revés el mapa mental que del continente se ha tenido hasta ahora⁶. En este sentido, Eliga H. Gould propone que el Atlántico anglosajón del siglo XVIII debe ser considerado la periferia del Atlántico español. Por radical que parezca la propuesta, no se trata en absoluto de una exageración⁷.

Ya sean evaluadas en lo referente al tamaño del territorio y la población, al número o desarrollo de sus ciudades y de su cultura, a la cantidad y prestigio de sus universidades o a la riqueza de los principales virreinos, lo cierto es que todas las colonias británicas en América (las trece norteamericanas que se rebelaron contra su metrópoli y otras diez que no lo hicieron) no resisten su comparación con el imperio español en ese continente.

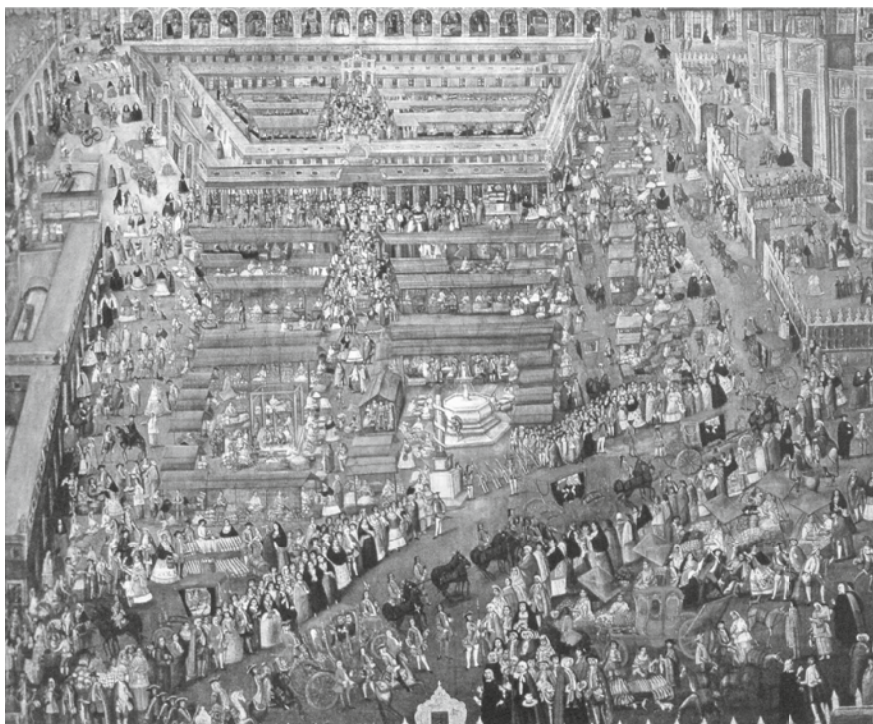
La Habana, Lima o Ciudad de México superaban con mucho a Boston, Nueva York o Filadelfia en términos de tamaño, renta per cápita y otros indicadores. Filadelfia, la ciudad más grande de las Trece Colonias, apenas tenía una quinta parte de la población de Ciudad de México. De hecho, Ciudad de México era no solo la urbe más grande de América, sino también una de las más grandes, si no la mayor, de todas las pertenecientes al imperio español⁸.

La población de Ciudad de México entre finales del siglo XVIII y principios del XIX oscilaba entre los 104.740 habitantes del censo realizado bajo el mandato del virrey conde de Revillagigedo y los 213.000 calculados apenas un año más tarde por José Antonio Alzate. La diferencia entre ambas cifras radica en que la primera recoge los datos de un censo oficial cuyos dos objetivos principales eran, primero, determinar cuántos hombres en edad de reclutamiento militar había en el virreinato y, segundo, establecer la fortuna de cada uno para aplicar los correspondientes im-

puestos. Dados estos poderosos incentivos para minimizar las cifras tanto de población como de riqueza, es más que probable que la población real de la ciudad de México durante esta época rondase o incluso superase ligeramente los doscientos mil habitantes. Un tamaño que hacía de ella la ciudad más grande de todo el imperio español, sea este considerado en América, Europa, África o Asia. En aquellos años, en la Península Ibérica, la Villa de Madrid contaba con casi ciento cincuenta mil habitantes; Barcelona, con ciento quince mil; Sevilla, con noventa y seis mil; Valencia, con ochenta mil, y Cádiz, con cincuenta mil. Por su parte, en el continente americano La Habana y Puebla tenían unos ochenta mil habitantes, y Lima, cincuenta mil, mientras que en la América británica Nueva York contaba con unos treinta y tres mil, y Filadelfia, con alrededor de veintiocho mil quinientos⁹.

Al tamaño de la Ciudad de México se le unía una enorme riqueza derivada de su posición central en el comercio entre Asia y Europa, de la extensión del virreinato del que era su cabeza, de su rica, variada y extensa agricultura y, muy especialmente, del producto de sus minas, que hicieron de ella un centro económico de primera magnitud¹⁰. Que Ciudad de México, capital del virreinato de la Nueva España, fuese una de las ciudades más pobladas y ricas, por encima incluso de las peninsulares, es un dato de suma importancia, ya que revela mucho sobre la estructura del imperio español en comparación con la de los otros imperios europeos, pues resulta difícilmente imaginable que París no fuera la población más importante del imperio francés, o Londres, la del británico.

En lo que se refiere a la economía, comparando rentas per cápita, y aun admitiendo lo imperfecto de esta magnitud para medir la riqueza, en 1700 la de la América española era un 128 % superior a la de la América inglesa. Incluso en 1800, el producto interior bruto de Cuba era el 112 % del de los Estados Unidos de Norteamérica¹¹. Por último, pero en modo alguno menos importante, en 1745 había diecisiete universidades en la América española, mientras que en la América inglesa existían apenas tres establecimientos de educación superior para predicadores. Mientras que en las primeras se impartían, además de estudios teológicos, derecho, medicina y artes liberales como astronomía, aritmética o geometría, en las segundas, según Beverly McAnear, el estudio de la naturaleza estaba exclusivamente al servicio de la religión¹². En definitiva, en palabras de Gabriel Paquette, «si no del todo una región retrasada, las colonias norteamericanas de la costa atlántica [...] estaban muy lejos del centro de la acción del mundo atlántico en el siglo XVIII»¹³.



Vista de la Plaza Mayor de la ciudad de México en torno a 1769. El cuadro, atribuido a Juan Antonio Prado y que representa la «salida al público» del marqués de Croix, virrey de la Nueva España entre agosto de 1762 y septiembre de 1771, en su primera visita a la catedral, es interesante desde varios puntos de vista. Por un lado, refleja el complejo protocolo y ceremonial que rodeaba a los virreyes como representantes del monarca. Por otro, muestra la fusión de prácticas mercantiles tradicionales indígenas y españolas como resultado del profundo proceso de mestizaje cultural. Y, además, en la parte superior se puede ver el Parián, un edificio construido a finales del siglo xvii para ubicar los puestos que comerciaban con los productos llegados de Asia a bordo del famoso Galeón de Manila y que hacían de la ciudad el principal enclave comercial entre ese continente y Europa, dotándola de una riqueza económica y también cultural que incluso superaba a las de las ciudades en la Península ibérica¹⁴.

Paralelamente a la expansión geográfica, se ha producido también una ampliación en los temas y sujetos de estudio por parte de la historiografía. Antes de esta evolución, casi la única especialidad que miraba más allá de las fronteras de los Estados Unidos era la historia diplomática de la Revolución Americana, donde Francia ocupaba siempre el lugar principal y el

papel de España era relegado y considerado un mero apéndice de la contribución francesa¹⁵.

Cuando el estudio de las comunidades indígenas norteamericanas miró más allá de la relación de estas con los británicos, inmediatamente entraron en el mapa las que habían mantenido con los imperios francés y español. Los innovadores trabajos de Richard White sobre la región de los Grandes Lagos y de Daniel H. Usner sobre el valle del Misisipi analizando las relaciones franco-indígenas han sido complementados por los de Ramón Gutiérrez sobre Nuevo México, Steven W. Hackel sobre California, Juliana Barr sobre Texas y David J. Weber primero sobre la frontera española en América del Norte y después con su monumental *Bárbaros: los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*. Mención aparte merecen los análisis de Katheen DuVal sobre las relaciones entre indígenas y colonos y de Pekka Hämäläinen sobre el imperio comanche, donde expone la evolución de sus complejas y cambiantes relaciones con sus distintos vecinos, tanto europeos como indígenas de otros grupos¹⁶.

La situación de la esclavitud en la América británica y la española también ha sido objeto de un análisis comparado. Dejando para más adelante el caso de la esclavitud indígena, practicada tanto por los británicos como por los franceses y prohibida por la legislación española, la esclavitud de población de origen africano tuvo su primer estudio en la década de 1940 con *Esclavo y ciudadano: el negro en las Américas*, de Frank Tannenbaum. Su enfoque, basado en el estudio de la legislación, ha sido objeto de crítica por considerarlo incompleto, ya que no tiene en cuenta la distancia que muchas veces existe entre la ley y su práctica¹⁷. Por ello, autores como James F. Brooks, James H. Sweet y muy especialmente Jane Landers han trabajado con fuentes locales, lo que ha permitido un acercamiento mayor al día a día de la esclavitud. Por otra parte, también hay que destacar la visión de conjunto aportada por Enriqueta Vila Vilar. Por último, señalar la aportación de Alejandro de la Fuente y Ariela J. Gross, que, en su *Ser libre, ser negro: raza, libertad y derecho en Cuba, Luisiana y Virginia*, combinan una visión desde el derecho con su práctica¹⁸.

Tras haber repasado cómo el estudio de la Revolución Americana ha ido incorporando nuevas regiones, grupos y temas, es preciso referirse brevemente a la manera en que ha ido evolucionando el análisis de la participación española en este conflicto.

A ambos lados del Atlántico, el papel de España en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos ha estado muy influenciado, casi determinado, por las distintas percepciones de cada país sobre el otro. En los

Estados Unidos, puede decirse que el interés por España y su historia comenzó en 1828 con el éxito que Washington Irving cosechó con su biografía, bastante novelada, de Cristóbal Colón. Sus *Cuentos de la Alhambra*, publicados cuatro años más tarde, ofrecieron una visión romántica de lo español posteriormente desarrollada en los poemas y obras de teatro de Henry Wadsworth Longfellow y en los estudios sobre literatura y civilización española de George Ticknor. Por su parte, William Hickling Prescott popularizó la historia de España con sus obras sobre los reinados de los Reyes Católicos y de Felipe II, pero muy especialmente con sus relatos sobre las conquistas del Perú y de México. Tan importante fue Prescott en la formación de esta imagen romántica de España que Richard L. Kagan habla de un «paradigma Prescott», construido, según Jonathan Brown, «por una élite intelectual y social centrada en Boston y Nueva York» y en el que, de nuevo según Kagan, España «era todo lo que no lo que no eran los Estados Unidos»¹⁹.

La guerra hispano-estadounidense de 1898 adoptó esta imagen de España como algo distinto y casi incomprensible, y le añadió un fuerte componente negativo que hundía sus raíces en la leyenda negra sobre la conquista de América. No es casualidad que precisamente en ese año apareciese en Estados Unidos una reedición de un libro inglés publicado originalmente en el siglo XVII con el nuevo y expresivo título de *Las horribles atrocidades cometidas por los españoles en Cuba. Un relato histórico y verídico sobre la cruel masacre y asesinato de veinte millones de personas en las Indias Occidentales cometidos por los españoles*. El libro estaba basado en dos ediciones, de 1656 y 1699, pretendidas traducciones de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Bartolomé de las Casas, pero resulta curioso que mientras que en el título de la primera se acusaba a España del exterminio de veinte millones de indígenas en las Indias, en la segunda se doblaba la cifra para pasar a cuarenta millones²⁰.

El siglo XX sería testigo de un lento, pero profundo, cambio en la imagen de España en los Estados Unidos. Un factor muy importante fue la aún bastante romantizada pero ahora positiva visión de Archer Milton Huntington, quien en 1904 fundó la Hispanic Society de Nueva York y que en 1927 donó su enorme biblioteca sobre temas españoles a la Biblioteca del Congreso en Washington D. C., lo que sería la semilla para la creación de la Hispanic Division en el seno de esta institución. Otra contribución esencial en este periodo fue la ya mencionada de Herbert Eugene Bolton, cuyo trabajo sobre las zonas de frontera propició que los historiadores norteamericanos empezasen a considerar la importancia de la